

y sólo pensaba: «¡Tiene preferidos!»

De pronto —insensato de mí—, recordé que cuando jugaba al fútbol durante mi infancia no lo hacía del todo mal. Pero seguramente por la poca experiencia de mis dieciséis años todo esto era una ilusión que quería hacerme. Por lo tanto, rogué a mi amigo que me incluyera en el equipo de su «Peña», que jugaba un partido preliminar el día de la Fiesta Mayor; pues así jugando al fútbol, creía captarme las simpatías de Adelina y convertirme en su único preferido. Mi buen amigo, después de muchos ruegos, accedió y vino el día de mi «debut»... ¡Pero y qué debut, señores!... ¡Qué debut!...

En la caseta casi tuvieron que equiparme, pues yo ignoraba la utilidad de la mayoría de las prendas del equipo, como por ejemplo las vendas, las boatas, etc. Incluso protesté cuando me dieron las tobi-

lleras, pues al confundirlas con las rodilleras, creí que querían hacerme jugar de portero y yo lo que ansiaba era saltar, correr, pasar balones, chutar y meter goles... ¡Muchos goles!, para así conseguir los aplausos de Adelina.

Pero cuando estuve equipado, empecé a darme cuenta de lo que estaba haciendo. Mi cuerpo alto y delgado —casi esquelético— comprendí que no era el más apropiado para un jugador de fútbol, y menos aun yo que pretendía conquistar el corazón de Adelina. Me examiné y me di cuenta que casi daba la impresión de un payaso de circo; pues mi piel, blanca en extremo, contrastaba con la de mis compañeros, los cuales estaban bronceados y curtidos por el sol y el deporte. Por unos momentos dudé en salir al campo. Pero Adelina sabía que yo había de jugar y por lo tanto no podía volverme

atrás y desperdiciar aquella oportunidad (?).

Salimos al campo y al empezar el partido empecé yo también a correr como un galgo. Al entrar en juego, del primer «zambombazo» que me dieron, tuvieron que asistirme con la célebre «agua milagrosa». Pero no me asusté. ¡No podía asustarme! Sabía que Adelina estaba allí y por lo tanto seguí corriendo de allá para acá detrás del balón... pero no daba pie con bola. Las jugadas (?) no me salían y el público que abarrotaba gradas y tribunas pos ser día de Fiesta Mayor, empecé a fijarse a «meteterse» conmigo chillando y riendo. ¡Aquello era un fracaso!... El público se daba cuenta de que a mis muslos les faltaba elasticidad, pues al pretender correr mi cabeza se abalanzaba, mis rodillas se doblaban y me caía ante las risas de los espectadores... ¡Todos se fijaban en mí! Aquello era una debacle. Yo, el futuro pretendiente de Adelina, de aquella criatura angelical, convertido en el «hazmerreire» de todo el público... Pero no; no me di por vencido y seguí, en lo posible, corriendo y saltando, pero cuanto más corría, más saltaba, el público más se reía. A cientos pegué empujones y puntapiés a la pelota, pero mis «tiros» eran raquíticos, inofensivos, cómicos... Tantos goles que quería meter... Tantos aplausos que creía conseguir de Adelina y todo fue al contrario: Ella también se reía. Y lo peor es que se reía a carcajada limpia.

Sin duda alguna ésta fue la causa que no pude controlar mis nervios y éstos se apoderaron de mí a tal extremo que al finalizar la primera parte y en una jugada que se me «diriblaron» varias veces frente a Adelina, me liase a puñetazos y puntapiés con un contrario. Reconozco que yo provoqué aquel lío; primeramente «planté cara», pero después tuve la impresión de que el mundo se me echaba encima y, a ser posible, hubiera querido que la tierra me tragara. Yo quería convencerlos... Quería apaciguarlos... Quería quitar importancia a aquella agresión... Pero, amigos míos, no valieron explicaciones ni contemplaciones. Empecé a recibir puntapiés y puñetazos, hasta que uno de los cuales casi me partió el labio superior. Mis narices empeza-

ron a sangrar. Mis ojos vieron las «estrellas» ininidad de veces porque me sacudieron como a un monigote, hasta que mis amigos lograron separarme de ellos.

Terminó la primera parte de aquel partido en medio de aquella «batalla» por mí provocada. Me curaron las heridas recibidas y toda la segunda parte permanecí avergonzado en los vestuarios hasta que empecé el partido de los primeros equipos. ¡E! de los preferidos de Adelina! Me vestí junto con mis compañeros sin decir palabra. Sentía lo que había provocado y lo que había hecho en presencia de Adelina... Lo había echado todo a perder y, aunque arrepentido, no podía ir a su lado porque estaba hecho una calimidad, y me marché del campo. No obstante, antes de salir, dirigí una última mirada a Adelina que volvía a aplaudir a sus preferidos. Esto me acongojó y otra vez pensé: «¿Por qué no puedo ser yo uno de ellos?... Pero, era inútil. Me había engañado a mí mismo y había fracasado rotundamente.

Ya en la calle y en medio del bullicio propio de una Fiesta Mayor, entré en un bar para tomar un par de copas y rehacerme un poco. Fui al lavabo y al mirarme al espejo me di cuenta que al tener un ojo amoratado, mi cara ofrecía un aspecto de verdadera calamidad. Me lavé la poca sangre que aun salía de mis narices al mismo tiempo que me refrescaba los labios y encías. ¡Estaba hecho un tomate!...

Sali del bar y pasé por las calles de menos tránsito. Lejos, muy lejos, en el campo de fútbol, se oían gritos y aplausos. Aun así, de entre aquellos gritos tenía la impresión que distinguía lo de Adelina y que de entre aquellos aplausos sobresalían los suyos... Vacilé por unos momentos. ¡Quería volver a su lado!... pero, no; seguí alejándome de aquel campo que había derrumbado todas mis ilusiones, para meterme en un cine; pues allí, en la oscuridad, procuraría olvidar a Adelina y lo sucedido, viendo el argumento de mis películas favoritas; hundiéndome en la butaca y con la convicción de que, aunque esperaba aquella Fiesta Mayor lleno de ilusiones y de esperanzas, en lo sucesivo jamás volvería a sentir celos por mujer alguna.

...Y pensar que todo lo sucedido fue por culpa de Adelina, el fútbol y... ¡los celos!

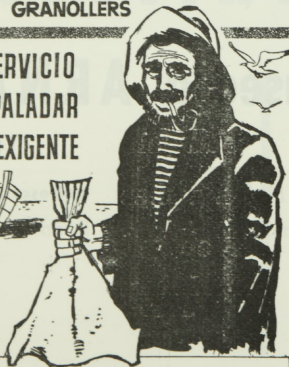
Enrique Gubern

# Salazones PORTET GRANOLLERS

AL SERVICIO  
DEL PALADAR  
MÁS EXIGENTE



PUBLICIDAD RIVER



BACALAO • ACEITUNAS • CONSERVAS